

Está discutiéndose ya en el Congreso la ley que prohíbe la introducción al país y circulación por nuestro correo de "Literatura extremista". Han hecho uso de la palabra atacándola, los diputados ULATE, SOTELA, ORLICH y MORA. El compañero Mora ha pronunciado dos largos discursos. En este número recogemos el discurso del diputado Ulate y el primero de Mora. En el próximo número insertaremos los otros discursos y el segundo de Mora, que fué de tres horas. La falta de espacio y dificultades de imprenta nos impiden hacer todas esas reproducciones en este número.

Discurso del diputado Ulate contra LA LEY VIOLADORA de la libertad de pensamiento en Costa Rica



Luego se inició el debate, ya en forma. El primero en hablar fué el señor Ulate, quien dijo:

A los diputados que han movido este asunto en la cámara, yo les pondría sobre el pecho medalla de oro del desacierto. Por sentirse más papistas que el Papa, van a desatar una tempestad en los momentos en que más se requiere la unidad de pensamiento y de acción para que se desenvuelvan sin agitación y sin tropiezos extemporáneos las nuevas orientaciones económicas y la tarea administrativa general. Me explico y respeto la actitud en que se sitúa el señor Presidente de la República, pero esta actitud no implicaba que el Congreso hubiera de precipitar la tramitación de este proyecto que, a mi juicio, es tan inoportuno como innecesario. El Presidente, al atribuírselo al Ejecutivo la intención de retirar medrosamente el proyecto, dejándolo en abandono, le salió al paso a esa versión, inconveniente para el prestigio del gobierno, diciendo que su espíritu se mantiene inmovible ahí donde lo situó la campaña política que le dió el poder y donde lo mantiene su convicción de gobernante. El es así leal a su promesa de ayer y a su pensamiento de hoy; y visto el problema desde el ángulo en que él lo contempla, vino el proyecto. Pero sus palabras significaban acaso que la Cámara hubiera de pronunciarse de inmediato sobre él? Es inoportuno porque ya hay barruntos de actividad política y pueden revolveirse estas aguas con aquellas; y es innecesario porque si existe un acuerdo administrativo que se está poniendo en práctica sobre circulación de literatura extremista, no se ve por ninguna parte la urgencia de agregarle sin examen ni demora un decreto legislativo que habría podido y debido ser más serenamente meditado. Pero ya que el Congreso no quiere ni siquiera estudio del negocio, llega para mí la oportunidad de definir mi posición ideológica entre dos grandes corrientes que van arrastrando al mundo del fascismo y del comunismo. Proclamo que soy un soldado de la democracia liberal, el más oscuro pero el más inmovible de sus soldados; y ahí se me encontrará mientras los hombres no encuentren, para sustituirle, una fórmula de gobierno superior a ella, que

lleve a todos los seres humanos una mayor proporción de bienestar y una más amplia distribución de la justicia. Mientras no haya esa fórmula, me quedo donde estoy, porque miro a mi patria y veo que a ella le debo lo que valga en prestigio y la porción de dicha, grande o pequeña, de que haya podido disfrutar. Aquí logro, para mi fortuna, una nueva coincidencia espiritual con don Ricardo Jiménez, que ha hecho sobre este proyecto la más fina y la más amarga de las ironías. Como demócrata, hablo, pues, en nombre de la libertad. Si yo fuera un diputado comunista o un diputado fascista, me sentiría sin derecho para atacar este proyecto. Los comunistas no pueden exigir que en nombre de la libertad se dé libre curso a sus ideas por medio de la imprenta, porque ellos no practican en Rusia esa libertad ni permiten ni permitirían la circulación de la literatura fascista. Ellos son un partido internacional que aspira a la dictadura del proletariado; y desde que son devotos de la dictadura no tienen contactos de la democracia a pesar de ese viraje tardío que hacia la democracia están dando los Soviets. Los fascistas tampoco tendrían el derecho de pedir, dentro de un régimen democrático, que circulara libremente lo suyo y no lo de los comunistas porque ellos—que también viven en la dictadura—tampoco tolerarían ni toleran que dentro de un régimen fascista tengan acceso las divulgaciones comunistas. Yo fui espectador muy interesado de la breve polémica que sobre el momento español sostuvieron los diputados Picado y Mora. Me dolía que el diputado Picado alzara sus manos limpias para aplaudir al General Franco, por cuyas manos chorrea la sangre de mujeres y niños inútilmente inmolados en la más cruel de las matanzas. Me dolía que el señor Mora, a quien todos reconocemos como sincero con sus convicciones, replicase que Franco es el asesino español, cuando no lo es en menor grado Largo Caballero, que fusila por millares a los prisioneros, que manda a los rehenes a la línea de fuego y que en la hora de peligro huye de Madrid mientras las mujeres quedan de carne de cañón en las trincheras. Yo estoy contra Picado y contra Mora. A nosotros, los eternos enamo-

rados de la paz, no puede apasionarnos esa matanza ni del uno ni del otro lado; y cuando el señor Picado o el señor Mora alzan aquí su voz a favor de unos o de otros, los dos le hacen un mal a la República, porque yo lo imagino en la actitud de admiración a un dictador, de la derecha o de la izquierda, que haya de llegar al poder aún cuando sea sobre montones de cadáveres. En España no se pelea ya por España. Ciegos de ira y de pasión, unos y otros le están entregando a jirones la patria a las potencias extranjeras para que hagan de la pobre España un campo de experimentaciones. Es Rusia, que pelea contra Italia y Alemania, mientras se va esfumando la imagen de la gloriosa España. Qué habría querido yo para España? Gobernantes del tipo de Miguel Maura, que por sobre todas las cosas ponen la devoción a la república; y si me apura mucho, también aceptaría al infortunado Alcalá Zamora, que perdió el poder en su desesperado intento de darle vida a un partido del centro lo bastante fuerte para mantener el equilibrio entre la extrema derecha y la extrema izquierda a fin de conjurar esta catástrofe a que el mundo asiste hoy espantado. Eso sí, la República, la democracia; pero no se vaya nuestra emoción administrativa hacia Largo Caballero o hacia Franco, cuyas sombras siniestras se están proyectando fatídicamente sobre España hasta dejarla hecha despojos. Nadie diga que los fascistas pelean por la libertad de España. El alange Español se llama el partido fascista español, y en manos de todo el mundo anda un folleto, que debe conocer el señor Picado, en que se define la posición de la falange contra el sufragio universal, llamando «papelitos» a los votos, contra el gobierno de las mayorías, contra la libertad. El señor Picado, hombre de ley, lo aplaude? Nadie diga que los marxistas y los anarco-sindicalistas están peleando por la libertad de España. Cuál libertad, si el haberla ellos suprimido desde el poder es una de las causas de los males presentes? A despecho de lo de Europa, yo confío en que la democracia se salve en América. Las últimas elecciones de los Estados Unidos son el más hermoso ejemplo para nuestros pueblos. Sobre el Presidente

Roosevelt se desató la más feroz de las campañas y el más rudo ataque era el de decirle comunista y de sindicarlo como creando por la primera vez en el país el odio de clases. Todas las fuerzas tradicionalistas, todo el gran capital, todos los multimillonarios de la llamada liga americana se le pusieron en contra. El 80 por ciento de la gran prensa lo mojó ferozmente. Al Smith, el antiguo demócrata, le gritó que querían llevar a los Estados Unidos por la senda que conduce a una dictadura como la de Rusia. Hearst, el prepotente dueño de una gran cadena de periódicos, se alió al partido republicano, dándole lo que un editorial del «New York Post» llama el beso que le produjo la muerte. Hearst es discípulo de Hitler; Hearst movió una campaña antisemita. Los grandes ricos de allá, como los que alguien llama aquí nuestros riquillos, no se dan cuenta de que la solución del problema del mundo está, no en el exterminio ni en la persecución, sino en una mayor justicia social. Pues los obreros se compactaron en torno de Roosevelt, la legión de empleados de la clase media hizo lo propio; a esas fuerzas se sumaron las de los judíos. Roosevelt desafió todas aquellas fuerzas casi invencibles y la víspera de su reelección pudo darse el lujo de exclamar en el último de los discursos de su campaña: «Doy la bienvenida al odio que me profesan los multimillonarios.» Y habló así, además, el gran presidente: «Creemos en la democracia por nuestra tradición, pero creemos en ella todavía más por nuestra propia experiencia. En la actualidad existe en todos los hogares de la nación una mayor inteligencia política como resultado de un siglo y medio de libre educación, de libre pensamiento y de libre prensa; y de una década de libertad de radio.» Al día siguiente Roosevelt, el comunista que decían los republicanos, alcanzaba la más hermosa victoria electoral que registran los Estados Unidos desde los tiempos de Washington. Si la democracia se salvó allá, aquí se salvará también no obstante estos intentos de oscurecerla o debilitarla. El remedio de los males sociales no está en estos decretos; está, como lo dijo Roosevelt con palabras magistrales, en enmendar la injusticia social que han

creado los que todo lo tienen contra los que no tienen nada. Volviendo al proyecto, yo pregunto cuál es la literatura que se llama disociadora y que va contra los fundamentos del estado. Es sólo la de la extrema izquierda o es también la que viene de la extrema derecha? El señor Presidente de la República definió su criterio en un reportaje de hace varias semanas declarando que para él tantos males amagan con el extremismo de izquierda que con el extremismo de derecha. Yo invoco en este momento la opinión del primer magistrado. Si dejamos entrar la literatura fascista y no la comunista, estaremos haciendo fascismo pero no democracia; y si la concesión fuese para la literatura comunista, el mal sería de la misma naturaleza. Aquí tengo los discursos de Benito Mussolini. Todos son encendidas diatribas contra la democracia, desde aquel de su período inicial de gobierno en que dijo que había que pasar sobre el cadáver putrefacto de la libertad, hasta aquellos otros en que dijo que por cada demócrata que se extinga se da un paso hacia la gloria de la nación. Eso quieren los diputados de Costa Rica: la destrucción de los que profesamos la democracia liberal? (Interrompe el doctor Coto: Esos ataques a la democracia son de los primeros tiempos del gobierno de Mussolini y se referían concretamente al partido llamado demócrata.) Ulate contesta: Se equivoca el doctor Coto. Aquí están también los discursos de Mussolini de este mismo año, que pongo a su disposición. Son, los de hoy como los de ayer, una diatriba encendida contra la democracia liberal. Leo bajo la firma de Mussolini: «El fascismo niega que el número pueda dirigir la sociedad humana; niega que este número pueda gobernar por medio de una consulta periódica; afirma la desigualdad irremediable, fecunda y benéfica de los hombres, que no puede nivelarse según un hecho mecánico y extrínseco cual es el sufragio universal. Los regímenes democráticos pueden definirse como aquellos en los que, de vez en cuando, se da al pueblo la ilusión de ser soberano, mientras que la soberanía efectiva reside en otras fuerzas irresponsables, secretas. La democracia es un régimen sin rey, pero con

muchísimos reyes, y más exclusivos, tiránicos y ruinosos que un solo rey, aunque sea un tirano.» Leo otro discurso suyo de 1936: «La concepción fascista está en contra del liberalismo clásico, nacido de la necesidad de reacción contra el absolutismo y que ha terminado su función histórica. Somos los primeros en haber afirmado, frente al individualismo democrático liberal que el individualismo no existe sino en cuanto está en el estado y subordinado a las necesidades del mismo y que, a medida que la civilización asume formas cada vez más complejas, la libertad del individuo se restringe cada vez más. Y podría seguir leyendo hasta el infinito. Lo mismo les digo a los comunistas. Ellos, cuya bandera de combate es «Proletarios del mundo, uníos», con lo cual significan la exclusión de las otras clases sociales; ellos que con la socialización han destruido el estímulo en el hombre, ellos que como los fascistas, son anti-individualistas, no tienen derecho de hablar en nombre de la democracia que es en su esencia individualismo y libertad. Yo pregunto, pues, a los dictaminadores, si unos y otros no atentan por igual contra los fundamentos del estado. El más importante de los diarios de Londres ha definido, en un notable artículo que por caminos diametralmente opuestos fascistas y comunistas van fundamentalmente a un mismo fin. Pues aún reconociendo que así es, yo le niego a todo el mundo el derecho de prohibirme que yo lea a Benito Mussolini definiendo la doctrina fascista o a José Stalin definiendo el plan quinquenal o al doctor Goebbels hablando contra el comunismo. Y como les niego derecho de prohibirme a mí, les niego también el derecho de prohibírselo al estudiante o al obrero. De la lectura de unos y de otros se establece la ponderación espiritual que ha de conducirnos a fortalecer nuestra fe en la democracia. Además, cuál es el tribunal que va a calificar las obras? Son empleados de la burocracia oficial de segundo o tercer orden, sin criterio bastante para hacerlo? Dónde están las personas lo bastante destacadas intelectualmente para que se les encargue de la censura previa? Marañón, Ortega y Gasset están con el gobierno de España a la 6a. Pág.